CLAUDIO HERNÁNDEZ

EL ASESINO DEL AÑO

BOREAL

El asesino del año boreal

Claudio Hernández

Primera edición eBook: julio, 2019.

Título: El asesino del año boreal

© 2018 Claudio Hernández
© 2018 Higinia María
© 2018 Diseño de cubierta: Higinia María

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¿Cuántos libros llevo escritos ya? ¿Y a quién se lo dedico? Este libro se lo dedico una vez más, a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Incluso a mí me da miedo... También se lo dedico a mi familía y especialmente a mi padre; Ángel... Ayúdame en este pantanoso terreno...

El asesino del año boreal
Epitafio

1

Aquella mano helada, pero a la vez cálida, se había apoyado en su hombro, y un estremecimiento le recorrió desde los tobillos hasta los pelos de la cabeza. Ann sabía que era él y estaba preparada para recibirlo, o mejor dicho, para continuar con su manera de amar. Su intensa manera de amar. Pero las cosas no iban bien y ambos lo sabían. El del brillo, oculto detrás de una densa y pegajosa niebla, la miraba o quizá la escrudiñaba con consistencia. Algo casi aterrador, pero todavía era peor la mirada de aquel nuevo asesino, perturbado, malvado, perverso y tan abyecto que no podías tragar sin sentir que algo te rajaba la garganta.

Susurraba el apellido Torrance.

Eso era todo, y sus pensamientos eran pecaminosos, deslavazados y con una visión muy distorsionada sobre la vida y la muerte. Solo le separaba un hilo tan fino como un cabello, pero su maquinaria grisácea, no comprendía lo que estaba bien o mal, o quizá es que era inquietantemente así.

Y Peter Bray no podía decir aquello de: sé lo que necesitas. Ni tocarlo. Ni verlo. Ni entrar en aquella oscuridad tan densa como una noche cerrada, pero escuchaba algo de forma tintineante como unas copas brindando en una boda mortal. Torrance. Torrance. Y Torrance.

Ann despertó de un mal sueño a principios de primavera, cuando lo mismo hacía frío, que calor, pero esa noche predominaba esto último. Y la atenta mirada de él. Quien la quiso con locura. Quien la protegió o quizá solo decía aquello de: sé lo que necesitas. Porque la tocaba y lo veía; estaba ahí como una estaca.

Ahora ya no sería lo mismo, pero aún desde la silueta en mitad de la noche que representaba, haría todo lo posible por mantener, el brillo. Ese don que Dios o sencillamente su madre, le había dado.

Un don que debía pasar a ella.

Su corazón vio dos ojos inyectados en sangre del hombre y escuchó el silencio casi tan fuerte como un zumbido, de su amado. Confusa, empezó a escuchar los latidos de su corazón en las sienes y después escuchaba el eco en su cráneo, mientras estaba apoyada sobre los codos, laxa sobre la cama.

Peter Bray no sonreía.

—Él viene hacia aquí y tú serás la que heredarás mi don —dijo una voz muy sutil, aún más bajo de volumen que un susurro debilitado por el viento del cerrojo.

Pero Ann lo había escuchado.

Ella extendió su mano de dedos largos, finos y de color rosado. Embadurnados de sudor. Aunque temblaba, estaba emocionada.

Y Torrance estaba de camino.

2

Toda su vida se había descabezado, ido a la ruina, tirada al retrete. Cualquier calificativo o comparación era poco de lo que se podía decir del despojo en el que se había convertido el sheriff Duchamp. Tirado en el sofá como un viejo trapo y sujetando una lata de cerveza derramada sobre su camiseta amarillenta, soltó un eructo tan largo y promiscuo que ni él mismo se hubiera podido imaginar. Como buen borracho hasta las cejas y el hígado gritándole en un costado, se limitó a llevar el borde de la lata a sus labios, mientras sus ojos se entornaban de la frustración que sentía.

Y aunque todo había pasado hacía ya algún tiempo, los recuerdos le atormentaban desde aquel jodido frío invierno de 2017. Todavía, cuando cerraba los ojos, después de escuchar un zumbido aletargado, podía ver la expresión del rostro de aquella primera desgraciada que había encontrado con las piernas abiertas, sepultada en la nieve y con las bragas haciendo de bandera acartonada que no se movía ni con el más intenso rugido de la tormenta.

Pero lo último había sido peor y mucho peor iba a ser lo que se le venía encima.

Peor que estar borracho todas las noches, tirarse pedos y despertar con un fuerte dolor de cabeza, el estómago y saborear el lapo de buena mañana mientras meaba con unas cuchillas cortándole,

llamémosle de forma refinada, la uretra, o quizá debería decir: todo el conducto de la polla.

Mucho peor que mirarse a la cara en el mugriento espejo que cada mañana que maldecía.

Todo era menos y nada, para lo que venía.

Torrance.

3

—Sí. Es intenso. Por eso lo dejo a la decisión del destino o quizá debería decir a tu elección. Todo depende de ti —explicó Torrance mientras sus ojos lunáticos miraban la lengua amoratada de la joven de ojos grises—. ¿Cuánto dolor puedes aguantar? ¿Cuánto tiempo puedes estar sin respirar?

Las piernas de la chica resbalaban y golpeaban el césped del campo abierto, delante del Campus, delante de la Universidad, delante de nadie, salvo él y la luna que brillaba en todo su esplendor con una cara desconocida hasta ahora. La joven la veía sonreír despiadadamente desde lo alto del cielo grisáceo, porque el brillo se reflejaba en el aire; sobre todas las cosas. Y veía, sí, lo hacía; aquellos ojos petulantes cuando menos perturbadores, estaban quemándole el rostro del asesino. Una mirada helada y vacua. Como si ese jodido hombre estuviera muerto y toda su expresión se reducía a apretar los dientes y mirarla con una cruel expectación.

Y Torrance podría decir aquello de que la había visto ahogarse en su propio vómito, mientras se meaba sobre el césped, porque el cable de acero la estaba estrangulando y mientras lo hacía, se dibujaba una fina línea alrededor de su cuello, de la que manaba sangre roja y sedosa; que a aquel perverso y horrible hombre le ponía. Le excitaba y entonces notaba su escroto como una piedra y el pene como una barra de metal.

Pero la lengua se hinchaba más y más hasta que parecía explotar como un condón relleno de tinta y los ojos se desencajaban de sus órbitas más de dos milímetros. Mucho más de lo que los médicos se apresuraban a confirmar. Y entonces de los lados de las bolas como canicas, lloraba sangre y el aire era fuego en sus pulmones hinchados de nada, porque el oxígeno ya se había repartido por toda la sangre de su cuerpo. Y ella, Kate, sentía como se iba.

A la mierda.

Aunque morir parecía algo verdaderamente dulce.

Y Torrance rumiaba más formas de matarla mientras tanto.

Ella no había contestado a ninguna de sus preguntas.

4

—Peter. Parece un sueño verte ahí, junto a mi lado. Desde el día en que te perdí, supe lo equivocada que estaba con respecto a si te amaba o no. Ahora me das aliento incluso después de la muerte, porque sé que hay algo más allá que tu brillo, pero cómo podré seguir amándote ahora que estoy sola. —La voz de Ann sonaba temblorosa y las paredes de su habitación no tenían fuerzas para contestar.

Peter Bray, visiblemente pálido y casi amoratado en algunas zonas de su rostro, la miraba impasible. Sin respirar. Fuera un gato maulló a la noche, pero él permanecía callado. En un silencio ensordecedor. Casi aterrador.

La densa nube de aire casi irrespirable para ella se deslizó suavemente entre sus sábanas. Él, mientras tanto, mantenía los brazos bien estirados hacia el suelo. Apuntando con sus largos dedos al linóleo.

Ann se incorporó como si alguien le hubiera dado una fuerte patada en la espalda. Sabía que no era un sueño y sabía que Peter Bray había regresado de entre los muertos para decirle algo.

Algo nada bueno.

5

Un somorgujo se acercó a la lengua hinchada y purpúrea tanto que pareciera que quería comérsela, pero solo la observó con sus diminutos ojillos y se fue como si de repente hubiera descubierto algo aterrador en ello. Incluso los somorgujos se habían dado cuenta de que aquello era algo más que un cuerpo tendido. El ensañamiento del asesino había dejado escrita en el rostro de aquella pobre desgraciada, el terror más puro de cuantos se podían conocer. El miedo a la muerte.

Mientras el ave se alejaba y la cabeza de ella flotaba sobre el agua del lago LakeHill, como si fuera una bolsa de aire, unos pasos chapoteando se hicieron cada vez más fuertes hasta que estalló en una

histeria colectiva de tres pequeños; que habían decidido salir de excursión ese fatídico día en que el asesino del año boreal había comenzado su trabajo.

Y los Fresnos escucharon esos gritos desgarradores sin responder más que como una especie de siseo prolongado por sus ramas y las hojas, que permanecían casi impasibles, aunque no del todo.

Hasta la naturaleza estaba inquieta.

Desde el Campus, hasta el lago y después en el interior del bosque. Enigmático.

6

—Lloyd, prepárame un café —ladró Burt mientras arrastraba los pies por el suelo brillante de las oficinas.

Lloyd enarcó una ceja para decir algo, pero no lo hizo. Últimamente, pensó, el jefe estaba muy arrogante y cada vez que traspasaba la puerta corredera, lo veía más deteriorado y con una fea mancha en los pantalones, entre la bragueta y el muslo. Era amarillenta y su bigote estaba desdeñado. Sus ojos eran cada vez más legañosos y su mirada más turbia. Había adquirido panza. Una de esas tan enormes que le hacían parecer a una gata preñada, bamboleándose mientras camino. Salvo que Burt parecía andar inclinado hacia adelante.

Jack escondido en una esquina de la gran sala, mostraba esa sonrisilla tonta de un crío. Sus manos parecían frotarse como un malvado que está a punto de hacer de las suyas, pero solo era un espejismo, ya que solo sonreía. Sus ojos si brillaban y tuvo la intención de hacer el chiste del día, pero tampoco habló.

—Buenos días, jefe —dijo Richard ya con algún que otro cabello grisáceo en poblada cabeza. Había levantado la mano y su vez, mostrado todos los dientes de la parte superior de la boca, como si fuera una linterna iluminando el rostro enjuto del sheriff.

—Será para ti —acució como si fuera sonado un tañido de la garganta seca de Burt. Se encaminó hacia su despacho y tiró de la puerta con su mano temblorosa.

Arnie, que era el nuevo, lo perseguía con la mirada expectante, y como un gato curioso se ponía nervioso ante el ratón que estaba

punto de cazar. El chico, de veinticinco años y pelo anillado, había estrenado la comisaria hacia tan solo dos semanas, en sustitución a Denny que había pasado a mejor vida. Ahora estaría pudriéndose en su tumba, porque su última voluntad era que no lo incineraran. Decía que el polvo daba como resultado una alergia para los vivos y que no se encontraría bien mezclado con los mocos de todas las narices de Boad Hill.

Y mientras le clavaba la vista en la nuca de su jefe, éste dio un portazo seco y estrepitoso. El cristal había mostrado una gran telaraña y Burt recordó que había mandado quitar la jodida puerta corredera, pues él quería sentir el tacto de un pomo broncíneo frío.

Ahora era un cristal resquebrajado.

Todos cabecearon al mismo tiempo.

Entonces fue cuando el teléfono sonó con su cálida melodía; justo en el momento que la máquina de café lo vomitaba en un vaso de porcelana y siseaba como un viejo tren de vapor.

7

Se despertó tarde y Peter ya no estaba ahí, a su lado. Pero el olfato de Ann descubría que el olor personal de él se había quedado suspendido en el aire. Un olor entre sudor y colonia barata, pero personal y eso le bastaba para sentirse cerca de él.

Los dedos del sol entraban por la ventana abierta y acariciaban su rostro con suavidad. Tal como lo hacía Peter en el pasado. Con cariño y determinación. Parpadeó varias veces y no hizo lo típico de cualquier novela barata: bostezar y estirar los brazos. Simplemente se despertó, parpadeó una vez más y miró el lado donde Peter se había manifestado durante la noche. Ahora estaba vacío, pero brillaba porque reflejaba la lengua dorada del astro rey.

—Buenos días —susurró al silencio mientras sus piernas volaban por el borde del colchón. Hacía calor y lo sintió de nuevo cuando sus pies tocaron el suelo. Era una sensación vaga, repetitiva y a la vez, placentera. En su mente tenía grabado a fuego, el rostro de Peter y sintió de nuevo una mano helada sobre su hombro desnudo.

Giró la cabeza.

Él no estaba ahí.

—¡Señor! ¡¡¡Hemos encontrado a una señora muerta!!! —La voz de pito del crío rebotaba en las ondas propagadas por el aire y después se estrellaban en los tímpanos de Burt como quien tira piedras contra un cristal.

—Está bien. Está bien. ¿Dónde la habéis encontrado? —preguntó Burt mientras sus dedos de la mano izquierda repicaban la superficie de la mesa—. ¿Porque sois varios, verdad?

De repente se hizo el silencio y tras dos segundos escasos que no marcaban ni un latido de un corazón, alguien alejado del micrófono del teléfono móvil jadeó como un perro. Parecía que estaba sufriendo un ataque de ansiedad o quizá, asma. Y Burt lo escuchó frunciendo el ceño.

—Sí señor, somos tres —titubeó el crío. Ahora la voz no era tan aguda y empezaba a desgarrarse.

—Muy bien, ¿y cómo te llamas? —preguntó sosegado Burt. Sus labios estaban estirados como si hiciera una mueca, pero no era así. Había sido una acción súbita y de la que no había puesto voluntad.

—Soy Robert, señor —contestó el crío. La voz se escuchaba alta y clara. Casi podía sentir los latidos desbocados de su corazón junto al carraspeo de la línea.

—Ahhh, eso está bien Robert. No te pongas nervioso...

—Es que nunca he encontrado a una señora muerta, señor sheriff —le zanjó el crío. Su corazón retumbaba bajo su pecho y como no, en su cabeza.

Sus amigos le miraban de reojo con ojos como platos, pero vacíos de expresión al mismo tiempo. Los latidos de sus corazones viajaban a través del aire, o que digo, la brisa.

—Bueno, eso ya va siendo normal aquí pequeño —dijo Burt sin darse cuenta de que había volcado en una secuencia de imágenes todas las caras pálidas de todas aquellas muertes que se venían sucediendo desde, joder, el año 2017. Sí, aquel jodido invierno—, perdona, no quería decir eso exactamente.

Una mano helada le se posó sobre su espalda.

—¿Se levantará señor? —preguntó el crío con una voz temblorosa. Ahora los latidos empujaban dentro de sus venas como nudillos y sentía dolor. Estaba sudando por la frente. En la espalda no.

Ni las manos, pero eso pronto sería una realidad.

Hubo un obstinado silencio casi perturbador.

—Pues claro que sí —exclamó Burt estirando sus agrietados labios por debajo de un bigote grisáceo, como las cenizas.

Esa mano helada sobre su espalda parecía hacer algo de presión.

—Fenomenal. Menudo susto. ¿Es que es normal que las señoras duerman en cualquier sitio?

—¿No habías dicho que estaba muerta? —Pregunta errónea pensó inmediatamente la minúscula mente de Burt, algo así como una nuez.

La mano helada presionó más.

—Ah, sí. ¿Está muerta pues?

A ver niño, ¿está muerta o no? Sí, sí lo está porque si no te habría temblado la voz. Hasta puedo escuchar los latidos de tu corazón. ¿Eres Bipolar? ¿Me estás gastando una jodida broma? ¿Por qué sois tan difíciles de comprender cuando se tiene cierta edad? ¿Cuántos? ¿Siete? ¿Ocho? O menos. Argghhh.

Pero Burt respiró profundamente y dijo:

—Vale Robert. ¿Así es como te llamas verdad? Si esa mujer está durmiendo fuera de su casa es porque alguien la ha llevado hasta allí. Su alma se ha ido al cielo aunque sus ojos estén clavados en tu nuca ahora mismo, y quizá te esté sonriendo, porque la muerte es algo natural. A todos nos debe pasar factura, pero... —Meditó un instante y añadió—. Y a veces si hay algo rojo alrededor de ella, en su cara o en su ropa es que...

—¡Está desnuda! Y tiene mucha sangre en el cuello, los ojos, allí abajo y sobretodo en las tetas —le cortó Robert. Su mano estaba temblando como una hoja en medio de un tornado.

Coño con el crío pensó Burt y la mano helada pareció retirarse.

—Bueno, pues tápala. Está mal que veas desnuda a esa mujer. ¿Y si siente vergüenza ajena?

—No lo creo. He visto muchas tetas hasta ahora, pero no con sangre...

—¡Joder! —vociferó Burt levantando el culo estriado de su sillón que pareció soltar un soplido de condescendencia.

—Ha dicho una palabrota —acució aquella voz aguda reverberada en las ondas hertzianas.

Burt se sentó despacio y el sillón crujió. La mano helada estaba ahora sobre su sombrero de fieltro, pero la notaba. Estaba fría como un mármol y todavía no había pensado que era eso que sentía tanto. No ahora.

—Oh, lo siento Robert. No he sido yo, sino un mal hombre que hemos detenido por robar y que uno de mis agentes ha tenido la gentileza de hacerlo pasar a mi despacho. Ha tropezado con algo y se ha hecho daño en el tobillo. De ahí que haya escuchado eso, ya sabes, cuando duele algo...

—¡Yo digo ostras! —le volvió a cortar aquella voz infantil y llena de ignorancia. Ahora estaba más relajado.

Burt se había inventado toda esa patraña y parecía que había salido airoso de esta. Algo nada común en él. Oh, Burt Duchamp cuando serás un sheriff de verdad y en pozo de su cerebro escuchaba el eco de las risotadas.

—Muy bien. Eso está muy bien y dime Robert, ¿tus amigos cómo se encuentran?

El crío no contestó de inmediato.

—Tiene la cara un poco blanca —dijo al fin Robert con cierto aire de sarcasmo. ¿Tan pequeño y con esas?

—Bueno, pues diles que no pasa nada y que ahora nosotros llegaremos allí para despertar de su sueño a esa pudorosa señora.

—¿Qué es pudorosa?

Burt miró el teléfono. Era gris, con teclas negras que destellaban como las luces de sus coches patrulla. Si, exactamente como eso.

—Da igual Robert. Dime donde estáis.

Con la voz más tranquila el chico sopló:

—En el bosque. El que hay justo al lado del lago...

—Sí, lo conozco —le interrumpió Burt. Esa mano helada volvió sobre su espalda, o quizá debería decir hombro. Pero estaba laxa.

—En la parte que de las rocas —añadió el pequeño—. Justo donde se puede ver todo el lago desde lo alto de esa roca que parece una montaña. —La voz del crío parecía haber recuperado el entusiasmo. Ahora la sangre no le asustaba. Tampoco es que estuviera

mirándola, y el pene flácido no crecía al ver aquellas tetas. Todavía no.

Burt cabeceó pensando en que el crío lo estaba mirando desde el otro borde de su mesa. Después de un largo rato, se dio cuenta de que el jadeo de Robert seguía en el diminuto altavoz del teléfono. Parpadeó.

—Sí. Sé dónde es. Ahora mismo vamos para allá. No os mováis del sitio... —rumió algo mientras sus ojos miraban a ninguna parte y añadió—. Bueno, alejaros un poco de la mujer.

—Si señor —ladró aquella voz inquietante y olvidada ya por Burt. Su hijo había... recordó... no era el momento. No ahora. Ahora era Robert.

Burt Duchamp colgó con solo pasar el pulgar sobre uno de aquellos botones táctiles y reflectantes. Uno que era rojo. Siempre existiría el rojo para detenerse en un *stop*, para avisar de un peligro, para colgar, y... la mano helada dejó su huella como una placa de hielo en su hombro izquierdo.

Y se dio la vuelta retorciéndose como un gusano en su sillón.

Vio una araña en la pared.

Nada más.

9

Entre nubes y sol, y porque no, los lamentos del viento intentando esquivar los aleros del norte: Ann rozaba sus labios o mejor, besaba con sus labios el borde del vaso de leche que de alguna manera increíble no le dibujaba un bigote blanco como una espesa línea que se agrandaba a medida que se hacía espumosa, si, la risa de Papa Noel.

Pero sus absortos ojos mirando en el fondo del vaso, no querían ver eso tan blanco. No. Quería a Peter. Lo quería a él y su epitafio estaba escrito en forma de... el del Brillo así que joderos... el que se había mostrado un poco pálido y sí, también purpúreo.

Aún así, quería verlo. Aún así.

El sonido cansado de la goma de la puerta de la nevera indicó que alguien la había abierto. Y se mostraba como una gran lengua blanca. Como el año boreal. Como lo que venía del Norte. Sí, allá

donde el dedo señalaba siempre. En el Hemisferio. En el puto norte.

Peter.

10

—Nunca me cansaré de decirlo. Este pueblo es una puta mierda. La muerte nos sigue a todas partes. —El pie de Burt, es decir, la puntera de su bota empujó levemente la puerta para que se cerrara de golpe. El cristal resonó en toda la sala como si docenas de vasos de cristal se hubieran estrellado en el suelo como copos de nieve. Como aquellos jodidos copos de siempre recordó.

Lloyd levantó la mirada de su mesa y sus ojos se clavaron a la oscilante puerta de cristal, y juraría que se había doblado al menos tres veces antes de cesar aquel tintineo escabros.

—¿A que lo adivino? —inquirió Jack con unos cuantos kilos de menos, pero con la misma fea sonrisa de siempre. Sus ojos ahora estaban hundidos en unas cuencas que bien podrían ser las entradas de unos pozos profundos. Tan profundos que no escuchabas la piedra al caer al agua, si es que la había.

Burt lo miró con ojos abyectos. El café humeaba.

—Si no fuera porque me caes bien del todo, te pateaba el culo ahora mismo —dijo el de la estrella broncínea y sombrero de fieltro. Los nuevos trajes no iban con él. El tiempo había pasado, sí, pero no para él, aunque su cara fuera ahora un mapa de arrugas con minúsculas carreteras que te llevaban a un hotel con fantasmas.

La puerta de cristal acaba de repicar en el marco. Burt no había dejado instalar una de esas puertas que se abren de lado a lado con solo olerte el cogote. Él no quería tanta ñoñería. Eso daba lugar a más delincuencia. Arnie, el nuevo, había dicho que esos se llamaban ciberdelicuentes y se había mostrado realmente satisfecho con una risa de idiota que Burt casi escupió.

—Estás viejo Burt —replicó Jack meneando la cabeza como si fuera de goma. Ahora sus ojos parecían colgar de esas jodidas cuencas —. Y además, estás gordo.

El humo del café en lugar de enredarse hacia el techo pareció convertirse en unas manos grises que rodeaban el cuello de Jack hasta que éste sacara la lengua amoratada y por fin, sus ojos salieran lanzados como proyectiles.

—Joder —refunfuñó Burt y el café ardió en sus labios.

—Bueno, ¿por qué has dicho que la muerte nos sigue a todas partes? —casi le interrogó Richard con un tono petulante.

—¿Y lo preguntas? Joder como quema este café.

Lloyd esculpió una estúpida sonrisa en su rostro, pero entre sus dientes todavía rodaba un palillo de los de siempre. A veces algunas cosas no cambian nunca.

—No sé. Boad Hill ha crecido mucho en todos estos años. Me refiero a la población y los delitos han aumentado, sin embargo, nosotros seguimos siendo los mismos gilipollas de siempre. ¿Qué puede suceder más? —Richard se transformó en una careta lisa y suave como la cera al derretirse hacia abajo en un palo de gallinero.

—Sí, tienes razón. Somos los mismos gilipollas de siempre —rezongó el del sombrero de fieltro. El que lo había perdido todo. El que nunca supo qué hacer ante todas las adversidades de los años pasados. Y de esos fríos inviernos.

Arnie que estaba casi al fondo del cuartel, que solo era una estructura rectangular con cuatro paredes, intentaba alzar su dedo índice como un crío en la escuela.

Te olvidas de mí. Soy el nuevo, pensaba.

Idiota.

—Hay Burt... todos estos años juntos y mira ahora. Somos un puñado de abuelos a punto de jubilarse o estirar la pata para que ya ni siquiera nos entierren, porque ahora todo se incinera, ¿sabes? —Jack tenía los ojos lagrimosos. Era como si se hubiera convertido de repente en un dramaturgo en una obra de teatro.

—Un crío. Un tal Robert. A saber de quién es. Me ha llamado diciéndome que ha encontrado a una mujer muerta, desnuda y llena de sangre. El muy cabroncete me ha dicho que le ha visto las tetas.

De forma repentina, todos los ojos de aquellos agentes de la ley y el orden se clavaron en la cara del sheriff quien había trazado una cremallera tosca sobre sus labios.

Pero el humo del café no se congeló, sino que siguió enredándose esta vez, hacia el techo, como si se atornillara alrededor de un palo. Quizá había algo en el techo que los aspiraba.

El viento aullaba. Se levantaba de súbito desde alguna parte del suelo y se alzaba a volar con los pájaros. Pero era un viento helado y había cierto humillo saliendo de las bocas de aquellos tres críos asustadizos. Tiritaban de frío.

—¿Cómo ha cambiado la temperatura? —preguntó Robert.

Chris, el gordito que nuca debe faltar en todo grupo de chavales, abrió la boca en una O perfecta. Sus ojos eran expresivos, como si hubiera visto un fantasma, además de la mujer que seguía bocarriba.

—Dicen que el frío repentino viene del Polo norte —dijo.

—Del hemisferio Norte —le corrigió Hayden. Su cara estaba tan llena de pecas que parecía manchado de alquitrán. Sus ojos se escondían en esas fugaces sombras y el cabello era pelirrojo. Como el maíz decían en clase.

—¿Acaso estamos en el Polo norte? Esto es América chicos. Es Maine. Robert arrugó los labios y parte de la frente.

—¿Tú sabes dónde está realmente el Polo norte? —protestó Chris. Sus manos rollizas se escondieron en los pequeños bolsillos de sus pantalones cortos. Temblaba. El viento aumentó su velocidad y bajó la temperatura de esa pequeña parte del bosque que parecía elegido al azar por un dios malévolo.

Su dedo tísico y retorcido señalando ha dicho punto.

—Sí que lo sé —exclamó Robert dándole la espalda a la mujer que dormía.

—El Hemisferio, chicos. Es el Hemisferio Norte —explicó Hayden.

Y algunas hojas saltaron de las ramas como ranas lanzándose al vacío. Verdes y con las ancas estiradas a cuatro puntos. Ahí van uno y otro.

—Cambiando de tema. ¿Te ha dicho la policía que vendrá verdad? —preguntó Chris más tieso que una estaca en un cementerio.

Robert cabeceó dos veces.

Y algo inexorable, tan blanco como un copo de nieve descendía haciendo zigzag sobre sus cabezas.

—Ha vuelto otra vez —susurró una voz quebrada desde la nada.

Ann se volvió hacia un lado y al otro. Sus ojos escrutaron la vagancia de los muebles de la cocina. En calma, pero extrañamente inquietos por difícil que pareciera.

—¿Peter?

No hubo respuesta.

A través de la ventana podía verse como una densa nube de neblina se hacía con el poder. Elevándose hacia un metro y medio. Quizás algo más. Y eso le resultó muy extraño. Sintió escalofríos. Y un temblor inesperado.

—¿Eres tú Peter?

El mismo silencio arropado esta vez de unos pequeños golpes en el cristal de la ventana. Era el viento que empujaba con sus largas manos, pero dejaba huellas, de esas como si de repente alguien rociara su vaho para trazar con su dedo un estúpido corazón o un... había aparecido una H de la nada.

Su corazón se aceleró como uno de esos coches eléctricos porque la gasolina en el año 2029 ya no existía. Sin embargo, al igual que esos nuevos motores eléctricos siseaban sobre el asfalto, a veces, daban sacudidas. Como las pulsaciones de su corazón. A veces se sobresaltaba. Y a veces le dolía profundamente cuando recordaba a Peter. Cuando su mano helada se posó sobre su hombro, en el cementerio. Cuando él... incorpóreo dijo... bien que lo tenía grabado en su memoria, pero ahora estaba tan intacta como un moco seco pegado en el cristal.

Se acercó a la ventana que estaba situada justo encima del fregadero. Arrastrando los pies, o mejor dicho, deslizándose en una pista de hielo pero sin perder el equilibrio a pesar de que temblaba más y más a medida que avanzaba. Y la H se difuminaba en sus retinas; en el cristal que se venía abajo por los continuos golpes de viento. Se doblegaba ante su poder.

Y ella.

Ella alargó su mano extendiendo sus finos y largos dedos. Aquellos dedos que una vez se enredaron en los cabellos de él. Sucios,

pero agradables al tacto aunque pareciera que tenía un peluquín untado de mantequilla. Era él. Peter Bray.

Pero ya no estaba.

—Ann. Estoy detrás de ti —dijo él.

13

Lento y oficiosamente, Burt se metió en el cajón que era su coche patrulla. Ya no sentía el ronroneo de aquel gatazo al girar la llave. Ahora parecía meterse en una capsula que iba a ser lanzado al espacio. Todo eran luces y mapas. Solo bastaba con poner el dedo pulgar en una especia de hueco de color verde que estaba situado en el salpicadero-que idiota pensó-y el motor se ponía en marcha, bueno no, simplemente se activaba la batería de uranio que tenía bajo su culo y como no, de sus pelotas.

—Joder Jack. Cada vez más avances de mierda. Uno deja la mente divagar y todavía se puede oler aquella maldita mierda que salía del tubo de escape. Y escuchar el bravoneo del motor. Se quejaba y se paraba, y a veces miuraba. Joder. Todo se ha ido a la mierda, que nostalgia tengo.

Jack se giró hacia él como empujado por un resorte detrás de la nuca.

—¿Qué significa bravoneo y miuraba?

—Y yo que coño sé. Me ha salido así. Sin más.

—Ah, vale —y pareció contener una espectral sonrisa. Una de esas de chiquillo revoltoso que acaba de meter un petardo en un bote de cerveza y... ¡Bum!

El sol no brillaba ahora precisamente desde lo alto del cielo. En su lugar una nube enorme, con una apariencia oscura y tétrica los miraba a través del parabrisas. Y el viento se transformó como un fantasma que recorre todas las esquinas con su particular denso y pegajoso banco de niebla pegado en el culo.

—Vaya. Parece que la luz del día se ha ido al carajo. ¿En qué mes estamos?

Cabeza de Burt se bamboleó hacia la derecha como una pesada bola de hierro.

—¿Octubre?

—No sabes ni el mes que estás viviendo, hay que joderse.

—¿Pero no me los has preguntado tú? Se suponía que tampoco lo sabías.

—Es verdad. Es la jodida meada con espuma. Bebo demasiado así que un día de estos estiraré la pata. Oh, sí. Me moriré.

Jack clavó su mirada en la dichosa nube que parecía descender hacia ellos.

—Todavía estás jodiendo esta vida Burt —dijo vehementemente Jack. Sus ojos chispeaban, pero no de alegría. Los tenía algo húmedos. Hasta un viejo hombre tiene sentimientos de esos que siempre ocultan. Tantos años juntos...

—Sí, jodiendo, pero no lo que tú ya sabes —refunfuñó Burt y puso el dedo en el detector verde.

Una especie de chispa recorrió el estrecho interior del vehículo. Como la chispa de una mecha.

—Jajaja. —Jack soltó la carcajada como tantas veces había hecho. Como tantas y añadió—. Yo y mi esposa dormimos en camas separadas. El revolver ya no me funciona.

Y Burt se echó a reír mientras su pie inquieto pisó el acelerador. El vehículo avanzó con un siseo sobre un asfalto que parecía encerado de lo liso que estaba.

Los demás le siguieron.

Y entonces un brazo del sol se asomó por un costado de la nube, los saludó y se escondió.

14

—¿Crees que se despertará? —preguntó Chris con cara de embobado. Sus ojos estaban clavados en las tetas de aquella desgraciada que se presentaba un corte en el cuello en la que podías verle parte de la tráquea.

—El sheriff dijo que sí, pero que esperáramos aquí. —Señaló un punto distante dentro del frondoso bosque que se agitaba por momentos—. Y deja ya de mirarle las tetas —puntualizó Robert con soberbia.

—Si no estoy mirando nada —acució el rollizo. Su cabello rubio

anillado no brillaba en ese lugar, aunque fuera un descampado abierto por el aterrizaje de un Ovni.

Imaginaciones de los críos.

—Ostras. Esto me huele mal. Esa pobre mujer está muerta. ¿Acaso estáis ciegos? Solo hay que ver lo blanca que está. Bueno, ahora parce ponerse morada poco a poco. —Hayden estaba apartado de ellos y aunque casi gritaba, el viento se llevaba sus palabras en otra dirección y les llegaban sonidos ominosos. Tan perturbadores como el sonido de un grupo de avispas.

Detrás de una de aquellas rocas que delimitaba los árboles con la explanada y la hierba; algo respiraba como un fuelle viejo. Era él. El que todavía portaba en sus manos el enorme cuchillo que había brillado incluso por la noche, momento en el que actuó con premeditación, alevosía y locura.

—Creo que hay alguien más aquí —alertó de pronto Chris. He escuchado algo.

—Estás delirando Chris. Es normal. La mujer está muerta y no dormida y...

—Lo he escuchado bien —exclamó Chris girando sobre sus talones. Su voz había sonado mucho más grave cuando cortó de cuajo las palabras de Hayden.

Robert los miró de reojo con una sonrisa burlona. Picaresca. Esa sonrisa que puede trazar unos cuantos pincelazos en un lienzo y sacar de eso algo gótico, o quizá debería decir, abstracto.

—No me creéis. Nunca me creéis —renegó Chris haciendo aspavientos con sus menudas manos. El aire se arrugaba alrededor de sus nudillos como un guante que le iba bastante grande. Lo sentía a pesar de que era evidente, que no lo veía. Era frío. Cada vez más.

De pronto un párpado de la mujer se abrió de forma brusca, como el aleteo de las alas de una mariposa.

Chris lo vio.

15

—Vaya mierda de velocidad —rezongó Burt. Su abultada barriga le llegaba al volante. Era una barriga cervecera que

descompensaba con el resto de su cuerpo—. Me toca el volante en los huevos y por más que pisó el acelerador o como mierda se llame, no paso de las 50 millas por hora. Joder.

Por delante los árboles viejos parecían estar encorvados sobre la carretera como si estuvieran a punto de tumbarse sobre ellos. Sus largas ramas eran como espátulas de un cuento de leyenda. El verde oscuro de aquellas hojas se estaba volviendo blancuzco. Acuoso. Como los ojos de un muerto viviente.

—¿Qué narices está cayendo del cielo? —preguntó Jack dejando de lado la cordialidad y la gracia que muchas veces tenía que metérsela por el culo. A veces sus chistes ya no hacían tanta gracia como antes. Ahora no. Aplastó la yema de su dedo índice en el cristal delantero del vehículo. Sintió como estaba helado—. ¿Qué temperatura hace fuera?

Burt salpicó el termómetro con pequeñas gotas de lágrimas, pues le escocían los ojos. Últimamente se le ponían rojos como los de un demonio emergiendo del suelo o una máquina de planchar que de pronto cobra vida y se desprende del hormigón.

—¿7 grados?

—Estamos en otoño —acució Jack.

—¿Esto es nieve?

Burt hizo lo mismo que Jack. Aplastar con el dedo una mosca, perdón, un copo blanco que se había estrellado contra el cristal para dibujar una mancha de sangre lívida.

—Parece que sí —se sorprendió Jack quien había abierto los ojos de forma desmesurada. Había algo inquietante allí fuera. En el bosque. Era el frío.

—Que lastima no poder ver el humo azul escapándose del tubo de escape trepando entre los dichosos copos de Papa Noel —dijo jocoso el sheriff, que sintió cierta nostalgia del pasado, y miedo. Eso que se apodera de ti en muchas formas y que te vuelve loco. El frío invierno que lo había puesto entre las cuerdas. El del brillo.

Pero ya no estaba.

—No jodas que Papa Noel ha traído el invierno antes de tiempo —exclamó Jack—. No, si será verdad.

—Eso. No me jodas tú también —replicó Burt atisbando la carretera que poco a poco se oscurecía y después... en las cunetas aparecía algo blancuzco.

—Joder, esto es el puto cambio climático —aseguró Jack aplastándose contra el asiento de copiloto. Su culo encajaba perfectamente a pesar de haber perdido casi la mitad de kilos. En aquel jodido invierno su culo eran dos cojines asomando por los laterales del asiento. Entonces conducía muy bien. Si, bastante bien, pero ahora estaba al servicio del sheriff. El del eterno sombrero de fieltro a pesar de que habían pasado muchos años y ahora debían usar un casco de titanio, eso sí, con todo un ordenador integrado en la visera. Le dolían los ojos al usarlo.

—Probablemente Jack, pero eso empezó hace ya mucho tiempo.

Giró la cabeza hacia él, lo miró despectivamente y volvió a fijarse en la carretera que no parecía tener fin.

¿Por qué se han ido tan lejos estos putos críos?, pensó. Esas bicis voladoras son capaces de adelantarme. Seguro que sí.

Y sonrió.

16

Ella no sonrió.

Lo vio impenetrable justo delante de ella. Le parecía que podría tocarle incluso, pero aquel espectro nada se parecía a Peter Bray el del Brillo. Al principio solo era una silueta blanca rodeada de auras sin colores. Pero era él. Su silueta era inconfundible.

A Ann se le paralizaron los pies con un fuerte hormigueo, y también la lengua. Recordó cuando esa mano helada de su póstumo amado se posó sobre su hombro mientras estaba delante de la tumba de él. Te quiero había dicho, o algo así.

Era toda confusión y mezcla pánico, ansiedad y miedo. Sobretodo esto último que tiene más registros en el cuerpo humano y en la mente.

—El frío invierno ya ha llegado y con él, el asesino.

Era la misma voz grave de Peter.

Ann sintió como miles de hormigas invisibles trepaban por sus piernas rígidas. Sin embargo, sudaba, pero estaba helada. Alguien desde dentro de sus tripas removía una pala los jugos gástricos y tuvo náuseas. Era solo el principio del verdadero miedo plasmado en su

rostro. Cara pálida y ojos bien abiertos. Labios que pasan del color rosa al blanco, sin más.

Y el repentino aleteo del corazón pugnando por salir de su pecho sin llegar a sentir dolor. Solo miedo a lo desconocido. A lo sobrenatural. A las visiones o no. A la realidad de la vida y la muerte. Miedo como lo sienten los animales, pero maúllan, ladran o rugen. Ella estaba tan tiesa como un moco en una estaca.

Sin embargo, tras un interminable tiempo en el que esa silueta se convertía en el Peter que ella conoció; habló:

—Peter. Tengo miedo. ¿Qué va a pasar esta vez? Yo creí que todo había terminado. ¿Cómo puede regresar otra vez lo que se considera una leyenda urbana?

Para estar controlada por el mecanismo del miedo había soltado una perorata, eso sí, de lo más dulce en el tono, todo dicho sea de paso, que el suave susurro de la declaración de amor de su amado que había escuchado tiempo atrás en la cavidad de su oído. Si miraba atrás... si miraba hacia atrás... sentía cosas.

—No temas. Yo te daré mi don y tú serás quien descubra a ese mal nacido. —Los labios de Peter, purpúreos, se arrugaron como dos cuerdas trenzadas. Estaban secos, arañados y estriados.

—¿Es todo esto realidad Peter?

—Sí. Es la realidad. Es mi epitafio Ann.

—¿Y si es una pesadilla?

—No. No lo es. Soy real, bueno, quería decir que estoy aquí de nuevo, pero yo ya no puedo tocar las manos de esas pobres desgraciadas y entrar en el oscuro túnel. —Se detuvo para soltar una carcajada y continuó—. Ahora serás tú quien toque esas manos.

—¿Qué?

—Ann.

—¿Qué?

—Te paraliza el miedo. Soy yo. Tu Peter.

Ann estaba empezando a temblar. Sus manos parecían tiras de papel en la rejilla de un antiguo ventilador. En el 2029 ya no existían esas cosas tan rudimentarias.

—Te extraño tanto que no sé si todo esto es verdad o un mal sueño —insistió ella. Quería alargar sus brazos para tocarle, pero la parálisis del miedo se lo impedía.

—Estoy aquí Ann. Sé lo que necesitas. ¿Te acuerdas?

Ella abrió sus ojazos oscuros en una cocina poco iluminada.

—Eres tú. Esa era tu frase favorita.

—Sí. Es cierto. Creo que escribí una novela incluso.

—Lo hiciste —respondió Ann con el corazón latiéndole como una parada de un burro viejo. Decía el refrán: arrancada de caballo y parada de burro viejo. Casi sonríe al pensarlo porque empezó a sentir paz interior y un ferviente deseo de no despertar nunca. Pero no estaba durmiendo.

Las huellas de barro resplandecían en el suelo de la cocina, y algo oscuro como chocolate, no, verás, los muertos vivientes dejan líquidos al andar, pero los fantasmas dejan unas manchas oscuras, que se vuelven blancas una vez el susodicho se aleja. ¿Qué era Peter ahora?

Ella no quería saberlo.

Solo quería abrazarlo.

Pero sus brazos se cruzarían obre su pecho, porque Peter era puro humo. Visible sí, pero no físico.

¿Esa era la extraña forma de amar? Pensó ella y bajó la cabeza en un intento de despertar de aquel sueño. Despierta Ann. Alguien le sopla al oído, pero no despierta. Tiene frío y el miedo la descongela.

Se acerca a él de todas maneras.

17

—¡Joder se está despertando! ¡El sheriff tenía razón! —exclama Chris dando extraños saltitos que hacían vibrar el suelo con un sordo golpe de sus zapatillas.

—Has dicho una palabrota —replicó Hayden desde una distancia de varios metros.

—No. No es verdad.

—Si lo es...

—¡Venga ya! ¡Parad! Parecéis dos jodidos críos peleándose por un caramelo. Estamos en un lugar escondido con una mujer muerta y alguien respirando sobre nuestros cogotes y vosotros dos dando la

lata.

—Pero ha abierto un ojo —insistió Chris—. Lo he visto.

—Sí. Y yo también, pero son sus tetas. —Hayden lanzó una mirada con fuego cruzado.

—Estás enfermo Hayden, ¿lo sabías?

Robert se acercó a ellos con las manos extendidas.

—Mierda. Dejad esto ya —ladró.

Los ojos de Chris se volvieron muy expresivos. Anonadado.

—Has dicho otra palabrota.

Hayden se echó a reír y a Chris no le gustó en absoluto.

—¿Y qué? ¿Acaso no te limpias la mierda del culo cada mañana? —Robert, que tenía más estatura parecía el hermano mayor desgañitándose con una regañina.

¿Qué edades tenían entre los tres?

Diez años cada uno.

18

—Bueno, parece que ya estamos llegando —dijo Burt mientras el borde del volante-que seguía siendo redondo-rozaba su abultada barriga produciéndole una mezcla de cosquilleo y molestia.

Las ramas de loa árboles lo atraparon y las ruedas oscuras escarbaron en la tierra del camino-todavía seguían existiendo caminos de tierra-para horadar el bosque que se presentaba como una mezcla de verde y blanquecino. Aquellos dedos largos casi rozaban el suelo, y las luces estroboscópicas de los dos vehículos patrullas, ya no parpadeaban tres veces por segundo, sino que eran fijas y se reflejaban en las hojas inertes, pero vivas, como una especie de reflejo.

—¿Cómo han llegado tan lejos estos críos? —inquirió Jack con tono serio. Su mirada estaba clavada en aquellos Fresnos.

—Con la ayuda de esas jodidas bicicletas que vuelan al lado de nuestros coches.

—Baj.

—Sí, ríete, pero una verdad como un templo. A veces la

tecnología avanza y otras simplemente reculan como los caballos asustados. No florecen como las margaritas en primavera. ¿Por qué decimos siempre margaritas cuando aquí, en Maine, las más comunes son la anémona, el ranúnculo, el laurel de monte, el rododendro, la violeta? ¿Sabes responderme a eso?

Burt le dio un codazo.

—¿Será porque también hay margaritas aquí?

—Serás capullo Jack —voceó el sheriff con la mirada puesta en el camino terriblemente oscuro. La poca luz del sol de ese día, que iba y venía como la llama de una vela, había dejado de existir bajo aquellos árboles centenarios que se apoyaban con sus brazos retorcidos.

—No hago más que pensar en lo difícil que estará siendo la situación para esos críos —terció Jack volviéndose hacia el lado más amable de Burt. El perfil perfecto para sacarse una foto. Burt odiaba hacerse fotografías y a menudo se escondía tras el sombrero, y cuando le pillaban de buen humor, su estirado labio superior mostraba unos feos dientes amarillentos. Como los de un perro salvaje.

—Son muy pequeños. Les dije que la mujer estaba durmiendo. Que pronto llegaríamos nosotros y... bueno... somos unos héroes para ellos.

La respuesta no convenció a Jack quien movió una de las cejas en una V mayúscula.

—Los críos son conscientes de todo Burt. Ellos saben lo que tienen delante. En este caso saben que la mujer está muerta, aunque desconozcan la realidad de lo que significa estar muerto o ser asesinado, lo que importa es que ya lo saben, y créeme, no creo que estén jugando al escondite ahora mismo. ¿Y si el asesino estuviera allí?

Burt se llevó los dedos, pulgar e índice en forma de pinza hacia el ala del sombrero de fieltro. Creía que necesitaba moverlo un poco más alrededor de su gran cabeza, pero en realidad, era un acto instintivo, como Lloyd que no había abandonado el hábito de mordisquear siempre un palillo durante todo el día.

—¿Quién ha dicho que la mujer ha sido asesinada?

—Nadie, pero... ya sabes...

—Sí. Nos llevamos el óscar de oro a la mejor película de asesinos en serie donde habitualmente nunca sucedía nada. Queridos lectores de novelas o espectadores de cine, he aquí la adaptación del

frío invierno, y... joder, ¿qué pasa con el otoño? —Miró de soslayo a Jack enarcando las cejas y añadió—. Y la jodida primavera, pero no nos olvidemos de último invierno porque también hubo un psicópata en la ciudad de Boad Hill. Entre y vean señores y señoras. Aquí hay chicha para escribir varias novelas. Somos la polla. ¿Sabías que en algún lugar del mundo había una banda que se llamaba la polla récords?

—No. No lo sabía.

—Pues ya lo sabes. Y deja de inventarte nuevos perturbados mentales. Creo que están todos en el manicomio de Wisconsin o Colorado, yo que sé. Vaya mierda.

—Y Peter Bray, era muy bueno, ¿verdad? —recordó Jack teniendo uso del poder de cambiar el giro de la conversación. Como una rueda siempre muestra su cara oculta después de todo.

—Sí, el jodido era muy bueno. Pero ya no está Jack. Él está ahora brillando justo encima de toda esta maraña de árboles. La muerte fue muy prematura con él, ¿o debería decir cruel?

—Mejor esto último —contestó Jack con una tristeza marcada a fuego en sus ojos.

—Si amigo. Tienes razón.

El vehículo iba meciéndose como una cuna a medida que avanzaba hacia el final de la carretera que aparecía húmeda y oscura. Una tierra como cuando sacabas una tumba de un cementerio.

Y el sol jugaba al escondite.

19

No puede tocarlo.

Es evidente. Un fantasma no se deja tocar, bueno, sería mejor decir que no se puede tocar porque muestra un holograma de lo que fue en la vida. Es como un recuerdo atrapado en un mundo que está lindando con el nuestro. Es algo casi tan vago como un recuerdo en el que no ves todos los detalles como en un sueño, sino que ves algo, y ese algo es suficiente.

Sin embargo, él si la tocó.

Con suavidad.

—Peter. Desprendes fuego, ¿cómo lo haces? Tu mano está caliente y puedo sentir el roce de ella. De tus dedos. De esa sensibilidad que eriza mi piel y a la vez me calma. Te siento dentro de mis sentimientos y pensamientos. Te puedo notar Peter. ¿Cómo lo haces?

—Eso, tendrás que descubrirlo tú algún día. Ahora no. No es el momento. Quiero darte mi don. Necesito sentir el tacto de tu piel. La suavidad de tus cabellos y ver la belleza de tus ojos. Ahora serás como yo. Tendrás el Brillo y verás cosas que nunca habías soñado, pero él está aquí.

—Que bonitas palabras cariño. ¿Quién es él?

—El más perturbador de los horrores. Es el último. Pero no puedo ver quien es, solo veo una sombra lejana y doblegada, casi agachada y de espaldas. Sé que no viene con buenas intenciones. Su obstinada furia y su locura están planeando algo atroz. Revivir todo aquello que sufrimos, pero como si fuera una gran fiesta. Como una leyenda urbana a punto de despertarse. De volver a hacerse realidad.

—Me estás asustando Peter.

—No temas. Solo descúbrelo y sigue con tu vida hasta que estés a mi lado cuando tu reloj del tiempo deje de funcionar. Te estaré esperando. ¿Sabes? Aquí no se está nada mal. La espera es llevadera.

Ann sonrió brevemente y sus ojos se encendieron como dos linternas, no, que va, como dos soles brillando al mismo tiempo. Reflejando la superficie del mar en ellos.

—Peter.

—Ya lo tienes.

Y seguían dentro de una espiral de luces, sensaciones y destellos, en el centro de la cocina. Como la Dama y la Bestia en su último baile. Casi agarrados. Sus ojos clavados. Brillantes los de ella. Enigmáticos, los de él. Y de repente la boca de una gran aspiradora colocada en el techo succionó aquel espíritu, aquel holograma, aquella silueta de Peter; que se vio alargada, fina y después translucida antes de desaparecer del todo.

Las lágrimas fluyeron en los ojos de Ann.

—Vamos Robert. Te digo que ha abierto ese ojo. —Señaló el rostro de la difunta con un dedo tembloroso y es que Chris era de los que temblaban por nada.

—A veces eso sucede. Cuando una persona está muerta puede tener espasmos. Lo escuché en una conversación entre un médico y un hombre —explicó Robert con voz aterciopelada.

—¡Vaya! Pues sí que sabes cosas —exclamó el pelirrojo. La ausencia del sol hizo que sus pecas oscurecieran más su rostro.

—Bueno. Hay que saber de todo —replicó Robert cabeceando. Su sonrisa vislumbraba.

Los tres estaban a dos metros del cadáver y a unos cuatro de la gran roca, de donde salió aquel extraño ruido de resuello. Ahora parecía que tenían el asunto controlado, después de todo, salvo el viento, solo se escuchaba el silencio de una forma extraña; vacía, y sí, se escuchaba.

—¿Entonces me das la razón? —preguntó un niño llamado Chris, atormentado por las delirantes ideas que se frotaban justo delante de sus ojos.

—digamos que sí. Y cállate ya. El sheriff estará a punto de llegar.

Hayden resopló con cierto ímpetu.

Las manos de todos ellos estaban heladas y sus cuerpos empezaban a temblar del frío que los había acosado tan repentinamente. Al hablar podían ver el halo ascendiendo como el humo de un cigarrillo, salvo que no era gris, sino blanco.

Y entonces una bota pesada aplastó la tierra bajo su suela y unas ramitas hicieron un ruido seco mientras los copos de nieve aparecieron de la nada, o quizá, desde las ramas.

Sus corazones se desbocaron como un caballo torpe y furioso.

21

Giró hacia la derecha, tomando un camino más pedregoso. Los amortiguadores del coche gruñeron en los agujeros y las cabezas de ambos se movieron como las de un payaso sujeto a un muelle. Burt soltó un improperio y viró de nuevo. El bosque se convertía en una

gran red de telaraña y algunas ramas acariciaron la carrocerías con sus largas uñas, emitiendo un ruido como el rechinar de los dientes.

—Joder con los críos. Han descubierto el tesoro del mundo en el culo de Boad Hill —rezongó Burt y aminoró la marcha porque se veía con la cabeza incrustada con el techo de la cabina.

Jack se sujetaba en la asa de la parte superior de la portezuela, con la mano agarrotada, como si de ello dependiera su vida. En un lado. A la derecha y como paisaje de su ventanilla había un precipicio. Era una ladera pronunciada. Un lugar donde nadie debía subir pensó. Abajo del todo se podían ver las rocas. Grandes y puntiagudas, pero estaban cubiertas de un mantel blanco.

Pero ellos estaban allí y la escarcha. Esa placa helada también estaba junto a ellos. Pegado como un gigantesco moco en el cristal que se quejaba cuando el parabrisas desplazaba el agua que los dos puñeteros inyectores rociaban la superficie. Era agua con jabón. Ese tipo de cosas todavía se mantenían todavía.

22

Se ocultaba tras una capucha, pero se podía ver claramente un harapo de hombre barbudo, labios anchos y ojos oscuros. Era enorme y sus brazos podrían extenderse hasta abrazarlos a todos sin necesidad de acercarse a ellos. Caminaba cojeando y el peso de su cuerpo conseguía hacer vibrar el suelo como un seísmo de muy baja magnitud. Solo era una percepción. Una maquina industrial como una planchadora haría más ruido al despegarse del hormigón donde habría estado toda una vida. Ese hombre solo conseguía que las flores, ahora cubiertas de algo blanquecino, se movieran con la ayuda de las ráfagas de viento. En aquel lugar recóndito en el cual nunca debieron haber ido aquellos críos se respiraba una tensión penetrante en el aire. Incluso se podía oler el sabor dulce de la sangre. Siguió avanzado hacia ellos y mostró una fea sonrisa de dientes amarillentos como la mantequilla florida.

—¿Qué sucede chico? ¿Os habéis perdido?

Aquella voz atronadora hizo que los corazones de lo tres martillearan en las entrañas. Tanto que se podía escuchar como las pisadas de las enormes botas de aquel gigantón de aspecto sucio, deslavazado y descuidado.

Hayden sintió como algo caliente salió de su pequeño pene y

manchó sus calzoncillos. Su cara se desdibujó como un cuadro en el que alguien ha restregado su mano llena de pintura roja. Tenía la certeza de que aquel tipo le vería una humeante, mancha en sus partes.

—¡No! —exclamó Robert con los ojos bailoteando en sus cuencas. A pesar del frío intenso y la nieve que ya caía con cierta intensidad, notó como el sudor afloraba en su frente. Era una sensación un tanto extraña para él.

—Pues yo no lo creo —acució aquel gigante de barba abundante y grisácea.

Se estaba acercando. Vaya si lo hacia, y a Chris se le escapó un pedo sigiloso. Lejos de vergüenza sintió un lacerante dolor en el ano y acto seguido en sus sienes. El corazón le explotaría allí mismo si aquel hombre se acercaba más a ellos. A él.

—Ya... nos iba... mos —tartamudeó Chris cuando al fin le salieron las palabras. El olor del segundo pedo era tan intenso que sustituía el olor a la tierra húmeda.

Hayden pensó en la mujer muerta y en un momento se dijo; ya está. Este hombre es el que la ha hecho dormir, bueno, morir. Seguro que es él y ahora nos hará rodajas. Pero no tiene cuchillo alguno en ninguna de sus manos.

Efectivamente, no tenía el cuchillo de grandes dimensiones porque se lo había dejado, que no abandonado, tras la roca.

—Hemos llamado a la policía —jadeó Robert con tal intensidad que necesitó reponerse de oxígeno porque sus pulmones parecían haberse vaciado del todo.

—Muy bien ¿y puedo saber por qué?

Se estaba acercando y sus fríos ojos parecían los de un perturbado. Un loco o un desquiciado, vaya a saber.

—Porque... —Y Robert se calló de repente. No tenía ni la menor intención de decirle lo de la mujer que estaba bocarriba, entre las hierbas y las flores, a sus espaldas. Ligeramente apartada de ellos. Podía pasar desapercibida, pero algo le decía que aquel hombre de casi 2 metros de altura podría haberla visto ya... Robert, él lo sabe, pensó, pero no movió un solo musculo de su cara.

Sí, por supuesto que lo sabía.

¿Y que iba a hacer con ellos?

Tenía el número directo de Burt Duchamp. Ann había subido a la habitación por las angostas escaleras respirando casi sofocada y había cogido el teléfono móvil como una posesa de la mesilla de noche. Y allí estaba. Un Smiley azul con un sombrero de fieltro marrón brillaba en la pantalla táctil. Deslizó el pulgar sobre ella y la comunicación empezó nada más acercarse el trasto al oído.

—Oh, Ann. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Burt jocoso. Su sonrisa resbalaba por el espejo retrovisor. Aunque el vehículo tenía cámaras por todas partes y lo podía ver todo a través de un monitor, el jodido retrovisor seguía estando allí. Como una enorme araña.

—Burt. No puedo decirle toda la verdad pero... —La voz suave de Ann enmudeció por un instante y continuó tras lo que parecía haber resoplado—. Puedo descubrir al asesino.

Inmediatamente Burt deseó dejar caer el teléfono sobre sus muslos y olvidar lo que había escuchado. No. No podía creer lo que había escuchado. ¿Cómo se supone había llegado a esa conclusión? ¿Cómo sabía lo de la mujer muerta?

—Ann, ¿qué estás diciendo? ¿De qué asesino me hablas?

—No sabes disimular Burt...

—Si sufres alteraciones por la pérdida de Peter lo siento en el alma, pero no te dejes llevar por las fantasías —le cortó Burt con una voz casi quebrada.

Jack lo estaba mirando de reojo con semblante serio.

—Escúchame Burt. No puedo decirte nada más, que sé lo de esa mujer, y el asesino que ha venido para desenterrar de la nieve aquellas pobres desgraciadas. Es un asesino sin escrúpulos, sin sentimientos y está paranoico.

—¿Y qué asesino está cuerdo o lo ha estado alguna vez?

—Los hay muy inteligentes y los hay pasionales.

Jack parecía acercarse más al sheriff para pegar la oreja, como cuando escuchas los jadeos de papá y mamá por las noches cuando te despiertan con el traqueteo de la cama.

—Bueno, eso ya lo sé, pero no me has respondido a la pregunta.

—Cogeré un taxi para ir hacia allí.

Y colgó.

Ann no se sentía con fuerzas para contarle todo lo sucedido. Tan surrealista como aterrador, y mucho menos creíble. Si lo del don de Peter ya era algo sobrenatural, su presencia después de la muerte era todo un delirio.

Dejó caer el teléfono móvil sobre la cama y se dirigió hacia el armario donde elegiría ante todo, su gabardina oscura.

Como Peter.

Como él.

24

—Porque hay una mujer muerta detrás de vosotros. La habéis encontrado y creéis que alguien muy malo le ha cortado el cuello y a lo mejor, alguna cosa más —explicó el bruto con su inseparable mirada lunática bajo unas cejas pobladas.

Robert se echó para atrás.

Los demás estaban justo al lado de las bicicletas eléctricas que habían sido recostadas sobre la hierba y ahora parecían barras de metal tan frías como un trozo de hielo. No. No se habían agachado para recogerlas, subirse y salir de allí pitando, sino que sus tobillos habían rozado aquellos barrotes de una cárcel.

—¿Hay una mujer muerta? ¿Dónde señor? No hemos visto nada. Solo estábamos descansando —mintió Robert. El frío de los copos de nieve que se pegaban a su cara no era nada con el que sentía dentro de sus heladas venas. Era como si el corazón de repente, estuviera bombeando litros de helado.

—Oh, eso ha estado muy bien pequeño, pero sé cuándo me mienten. ¿Sabes lo que voy a hacer con vosotros?

El loco, el asesino, el perturbado de ojos sobresaltados y profundos a la vez. El que tenía una inyección de sangre en ellos y unos dientes muy apretados que rezumaban saliva como un perro rabioso, avanzó un paso más.

Hayden se puso en cuclillas para coger el manillar de la bici. Chris sencillamente se quedó paralizado. Una tumefacción le había rodeado todo el cuerpo y no sentía ni el dolor de los latidos de su corazón reverberando en sus venas, en sus sienes. Sentía como se

mareaba.

—Por favor, señor. No nos haga nada —exclamó Robert asiendo las manos.

—Bueno, es un impulso que no puedo controlar, es...

Y de repente sonó un claxon berreando como una cabra en el monte, y aquellas luces azules recubrieron sus rostros de forma inesperada con creciente intensidad.

25

Estaba nerviosa.

De modo que Ann pidió un taxi desde la aplicación de su teléfono móvil. Era sencillo. Bastaba con abrir la aplicación he introducir una clave. Después recibía la llamada del taxista que primero recogiera la solicitud.

—Hola, Ann. ¿Qué tal está? Soy Steve. El taxista con identificación 48637. El mapa del GPS me dice que está usted en su casa, ¿es así verdad?

—Sí, señor Steve. Así es. Es urgente que venga rápido.

—Está bien señora.

Ella se reconfortó con aquella palabra «señora», bien podría haberlo sido de Peter, pero el destino fue cruel para ambos.

Y mientras los segundos del reloj pasaban contemplaba los copos de nieve dibujando extrañas figuras en el cristal de su ventana. No cayó en la cuenta de que no era la época de nieves todavía.

26

Indudablemente, aquel ogro se escondió en el bosque horadándolo como una maquina pesada. El silencio de la víctima que estaba hinchándose y poniéndose purpúrea y el ruido de las ramas de los árboles quebrándose a su paso, contrastaban en aquel momento.

Robert levantó la mano derecha con los cinco dedos abiertos en un acto de suspiro y alivio. Sus ojos volvieron a brillar de nuevo en esa fría mañana de un mes en que apareció la nieve más oscura y

siniestra que se recordaba en muchos años. Se podría decir que nunca había empezado a nevar tan pronto.

El vehículo de Burt se detuvo sin ronroneo alguno y el coche patrulla que conducía Lloyd hizo lo mismo, pero justo detrás. Tampoco explotó una nube azul en el tubo de escape porque sencillamente, no estaban. Era como escuchar cerrar una puerta automática. Shhhh.

—Como te dije he venido —gritó Burt nada más salir del vehículo. En la mano apretaba una especie de revolver, no, no era eso exactamente, era como un láser, pero no dejaba de ser un arma.

Hayden lo vio y sintió respeto por ello.

La placa de sheriff que todavía conservaba Burt en la parte del corazón no era broncínea a estas alturas. Los demás agentes llevaban unos chalecos muy parecidos a los de un buzo, brillante con el fondo oscuro. No era negro, ni brillaba todo el atuendo, sino las insignias y unas líneas que se adosaban en sus brazos y piernas.

—Sí, que bien —suspiró Robert. Seguía agitando la mano cuando ahora la distancia entre ellos era apenas de tres metros—. La mujer está ahí. —Señaló el lugar desde que se asomaban los pezones y la nariz por encima de la hierba—. Y el hom... —No terminó la frase.

Burt miró hacia ese lado y la vio. En unos instantes le vinieron muchos recuerdos terribles, y en gran parte ahora le sabía a mal haberle dicho al pobre crío que la mujer estaba dormida. Si, se arrepentía de eso, pero sostenía la idea de que un niño no es un ser adulto y no puedes decirle; sí, está muerta. Caput. Se ha ido al cielo o alguien la ha degollado quizá bebiéndose incluso su sangre, oh, que es de verdad... jajaja.

—¿Qué has querido decir al final chico?

Richard se estaba acercando hacia el cadáver de la mujer y se llevó a la boca un dispositivo de comunicación. Estaba llamando a los de la funeraria, no, a los forenses. Arnie se quedó agazapado detrás de la portezuela del coche. Era la primera vez que olía aquel olor dulce. De la muerte. De un cuerpo corrupto. Y era la primera vez que veía un ojo abierto en un cadáver.

—Nada señor. No quise decir nada.

Burt gruñó por lo bajo.

No le creía.

27

—¿Puede ir más deprisa? —preguntó Ann.

—Sí, claro. Pero el lugar no es apto para visitar a su madre quizá. ¿Tiene prisa en pasear al perro? —Ese tal Steve le había salido un poco chistoso.

—No. Es que mi hijo se ha perdido allí.

—¡Ah! Entonces debería haber llamado a la policía, ¿no?

—Me ha pasado otras veces. Continúe que todo acabara bien.

—Pues vaya con el crío. Cabezota, ¿verdad?

—Sí.

28

Con guantes de látex, los dedos de Lloyd cerraron el párpado de la mujer hedionda. En algún momento debió ser bella, pero ahora era una figura derretida como una cera con sus formas angulosas y emitía un hedor nauseabundo. Fétido, pero para Burt era un aire empalagoso, nada más.

Los tres críos estaban sentados en el asiento de atrás del vehículo de Burt. Jack les había realizado una serie de preguntas y ninguno de ellos mencionó al hombre.

—¿Estáis bien?

—Sí.

—¿Os ha marcado ver el cadáver?

—No.

—¿Había alguien más por aquí?

—No.

—¿Tenéis miedo?

—Nunca.

Y cuando el ojo de la mujer se tapó con el párpado azul, un fogonazo de luz fría cubrió la explanada blanca haciéndola brillar todavía más. La nieve ya se podía pisar y formar pequeñas tabletas

crujientes.

Era el taxi y del vehículo bajó Ann.

29

En el frío invierno de 2017 empezaron los crímenes. Resultó ser quien menos se lo esperaba alguien. Peter lo había descubierto porque lo había tocado y entonces había entrado en él. En una profunda oscuridad y le vio el rostro. El otoño no mucho mejor y se repitió la misma historia. En primavera Ann estaba en serio peligro, pero Peter ya empezaba a estar cerca de ella. En el invierno de 2027 volvió un psicópata a hacer de las suyas despertando a los recuerdos muertos, como un revoloteo de hojas marrones en una espiral sin fin. Ahora, dos años después, Peter le había dado el Brillo a Ann para que lo utilizara.

El asesino era...

30

—Vaya si pareces una vampiresa Ann —reconoció Burt Duchamp ligeramente asombrado.

Ella se acercó a la mujer tirada en el suelo. Los agentes se hicieron a un lado y Ann se agachó mostrando sus rodillas desnudas. No había tenido ni tiempo de descubrir que realmente estaba nevando antes de lo previsto. Su piel estaba amoratada. Extendió sus dedos y los puso sobre la frente de la mujer. La sangre que habría brotado del cuello era ahora una placa roja intacta.

Y entonces entró en algo que no se esperaba para nada.

Era una oscuridad silenciosa, pero absorbente y ruidosa a la vez. Después había visto algo borroso. Una cara. Y como si el oftalmólogo estuviera probando toda una colección de lentes, la visión fue más nítida. Y lo mejor de todo es que sintió miedo al experimentar ese proceso. Sintió miedo de esa chispa que le hacía cosquillas en su interior. De ese pequeño dolor de cabeza. De esa oscuridad como si alguien la arrastrara en un túnel sin final.

—Es un hombre —dijo.

Lloyd despertó en él una sonrisa burlona.

Burt le clavó los ojos para que se pusiera serio.

—¿Y qué aspecto tiene? —Burt le había formulado la pregunta sin antes decirle; ¿Es que eres Peter Bray?

—Tiene barba muy poblada y unos ojos tan oscuros como la muerte. Es enorme.

—Oh, bien. Sigue.

De pronto sus ojos cabecearon dentro de sus cuencas como canicas, produciendo ruidos sutiles desde el interior de sus párpados. Los tenía cerrados. Ann estaba en trance. Sintió que algo muy intenso le atravesaba el corazón porque él, aquel hombre de aspecto desaliñado le había hablado.

Soy el hijo de Donald. ¿Te acuerdas? Tu ex, que se mató un buen día cayéndose por las escaleras cuando mejor estaba; borracho. Porque tú lo querías abandonar, puta.

—¡Tiene un hijo fuera del matrimonio! —gritó ella y se levantó como si tiraran de ella con una cuerda elástica. Pareció levitarse durante un instante y sus ojos ya abiertos, mostraron inquietud, sorpresa. Antes no habían reflejado el miedo de ver un cadáver. Ni mostró el miedo que tenía. Ni las mentiras que se reflejan en las retinas. Ella había estado intacta hasta este momento. Ann había descubierto algo.

—¿De qué hablas? —le preguntó un Burt desencajado. Incrédulo.

—Mi ex, es decir, Donald. Tuvo un hijo fuera de mi matrimonio. Es él. Y quiere matarme. —Entonces se quedaron todos en silencio buscándose con las miradas.

Y mientras la nieve caía de forma copiosa Burt le prometió protección. Jack había consultado la base de datos y el bastardo no tardó en salir de la base de datos. Había sido arrestado por desorden público, resistencia a la autoridad y por matar a un gato a patadas.

No tenía multas de tráfico por conducir ebrio porque no había tenido coche alguno. Pero llevaba el apellido de su madre Davis (Torrance). Y en una de las declaraciones decía ser hijo de Donald German y que tenía una hermana a la cual quería conocer.

Ann empezó a llorar.

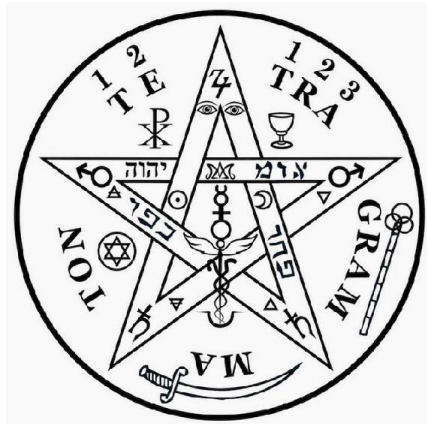
Y en fondo del camino, entre las ramas blancas, apareció Peter sonriéndole.

—No te pasará nada —dijo—. Ya tienes mi don. Te amo.

Nunca le dijo nada sobre el don de Peter.

Y Ann no dejó de llorar al prematuro invierno.

FIN



Biografía de Claudio

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspenses y thrillers. Ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom", la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "El hombre que caminaba solo", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El maldito callejón de Anglés", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Muerte en invierno", "El juego de Azarus", "Pido perdón", "Ojos que no se abren", "Una sombra sobre Madrid", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "Mi odio", "El susurro del loco", "Confidencias de un Dios", "Solemn la hora" y "Tú morirás". Pero no serán las únicas que pretendo publicar. Hay más. Mucho más.